

SAN JUAN DE LA CRUZ

A mediados del siglo XVI (24 de junio de 1542) vino al mundo, en Fontiveros (Ávila, España), un hombre eximio, santo fundador, estilista y pensador de los inmortales y doctos de la Iglesia que principió de monaguillo, recadero, aprendiz de entallador y ayudante de hospital, hasta convertirse en el mayor estilista de la lengua, con el nombre definitivo de San Juan de la Cruz. Vivió hasta el filo de la medianoche del 13 de diciembre de 1591: «Cuando una campana principiaba a tocar a maitines, se caía sola y suavemente su vida preciosa».

Menos de un millar de versos han sido suficientes para situar a san Juan de la Cruz en la cima del parnaso, por la intensidad y originalidad de sus escritos. Su poesía atrae y conmueve antes de ser entendida con experiencia mística que se escapa de toda lógica, vale decir, pretende ser gozada, precisamente sin ser entendida.

Su canto constituye algo delicado, lleno de sentimientos, de musicalidad, como todo cántico de un místico, de un verdadero deleitador de Dios en su más extensa significación. Esta es, tal vez, la clave de su hermosura: ser el único poeta que, desde la eterna misión de Dios, desfallecido en su amor, busca en la tierra la adecuación a lo que es éxtasis inefable.

Como la alegoría es una metáfora continuada, el poeta sigue una constante clarividente de la meditación de muchas horas, y las vuelca con acritud de sufrir el deseado sacrificio de su dolor religioso. Recurre con frecuencia al símbolo (el símbolo de la noche y de la llama) que lo convierte en un poeta místico y en un místico poeta. «San Juan de la Cruz eleva la poesía mística a su más íntima y sublime expresión a que ha llegado el misticismo de todos los tiempos». El misticismo es el conjunto de la vida espiritual extraordinaria de santificación. Según Jerónimo Seisdedos, «debe aplicarse a las relaciones sobrenaturales, secretas, por las cuales se eleva a Dios la criatura sobre las limitaciones de la naturaleza y la hace conocer el mundo superior, al que es imposible llegar por las fuerzas naturales ni por las ordinarias de la Gracia».

En San Juan de la Cruz se han dado en comunión los actos espirituales y materiales; era el vivo reflejo de ellos, al extremo de no

poder diferenciarse cuál de ellos sobresalía, una unidad inseparable de espíritu y materia, aunque ésta última estaba relegada a lo inservible.

Si la poesía es descubrir lo absoluto a través de los símbolos, según Juan Ramón Jiménez, San Juan de la Cruz es el mayor y mejor de los poetas líricos. José María Pemán dice que es el poeta que mejor ha sabido juntar los extremos: el mundo sensorial y el mundo espiritual. Tal vez por eso es el poeta más completo, más profundo y más universal. Parte de la raíz de las cosas para llegar hasta la flor, en donde se respira el perfume de Dios.

Las metáforas, en la poesía del santo, se enlazan y deslizan de manera tan natural que lo infinito llega a transportarse a lo finito, de tal manera que sus versos inspiran cierto temor. Por eso, Estanislao Fumet los leía de rodillas, como manifiesta José María Moliner; por eso, Cejador decía que temblaba al leerlo; y Juan Valera, filósofo frío y aséptico, sentía despertar en su interior un manantial de ternura. No pueden leerse sus versos sin sentir una inquietud saludable, un estremecimiento gozoso, unas ansias superiores de superar y trascender, hacer poner el alma de pie.

Dámaso Alonso afirma haber sentido, al saborear los versos del santo, una extraña turbación. «Ningún poeta —afirma— me hace vibrar tan intensamente. Jamás mi alma se ha sentido más insignificante ni más próxima a los extremos deliciosos del más allá. Por los versos de San Juan me abandono en las manos de Dios y creo en el prodigio».

García Lorca decía que, al leerlo, sentía un gozo y un regusto interior indescriptibles: «El ángel de Garcilaso, la inspiración desbordante de Lope y la musa de Góngora, dejan caer en las manos una guirnalda de laurel cuando pasa el duende de San Juan de la Cruz».

Para certificarlo, ahí están sus poemas: «El cántico», «La fonte», «La noche», «El pastorcito», «La llama»; sus romances así como sus glosas y letrillas.

San Juan de la Cruz es lo radiante, la luz profunda del alma, la expresión más acabada de la santidad que se confunde con su poesía y nos lleva de la mano a la oración y al recogimiento, poniendo la música más extraña en el alma de las cosas, sobre todo en las que tocó con sus purísimas manos. El lírico más puro de la poesía castellana que tomó, para relieves, los elementos sobresalientes de la poética de Garcilaso y Fray Luis, sus contemporáneos.

Bastaría citar las «Coplas del alma que pena por ver a Dios», donde glosa los versos:

Vivo sin vivir en mí
y de tal manera espero
que muero porque no muero.
[...]

Idénticas a las conocidas letrillas de Santa Teresa de Jesús, carmelita como San Juan y quien era su confesor; coplas pertenecientes a una vieja tradición cortesana.

La glosa, como es sabido, es el desenvolvimiento de estrofas en un tema inicial en que, al fin de cada una de ellas, se repite uno o dos versos de la copla tomada de modelo. Para Miguel de Santiago, el contenido teológico de este poema consiste en que, al poseer el poeta vida propia e independiente lejos de Dios, lo desespera hasta causarle la muerte; los sucedáneos que en esta vida puede encontrar de Dios, le dan más ansias de satisfacción. Para mayor desgracia, no se acaba de morir, cosa que le permitiría vivir en Dios y poner remedio a su mal.

No resistimos la tentación de reproducir, aunque sea dos estrofas, tan celebrado poema:

Esta vida que yo vivo
es privación de vivir,
y así, es continuo morir
hasta que viva contigo.
¡Oye, mi Dios, lo que digo:
que esta vida no la quiero,
que muero porque no muero!

Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que peno por verte
y mi mal es tan entero,
que muero porque no muero.

San Juan de la Cruz. Diario *La Industria* de Trujillo. 19/11/94